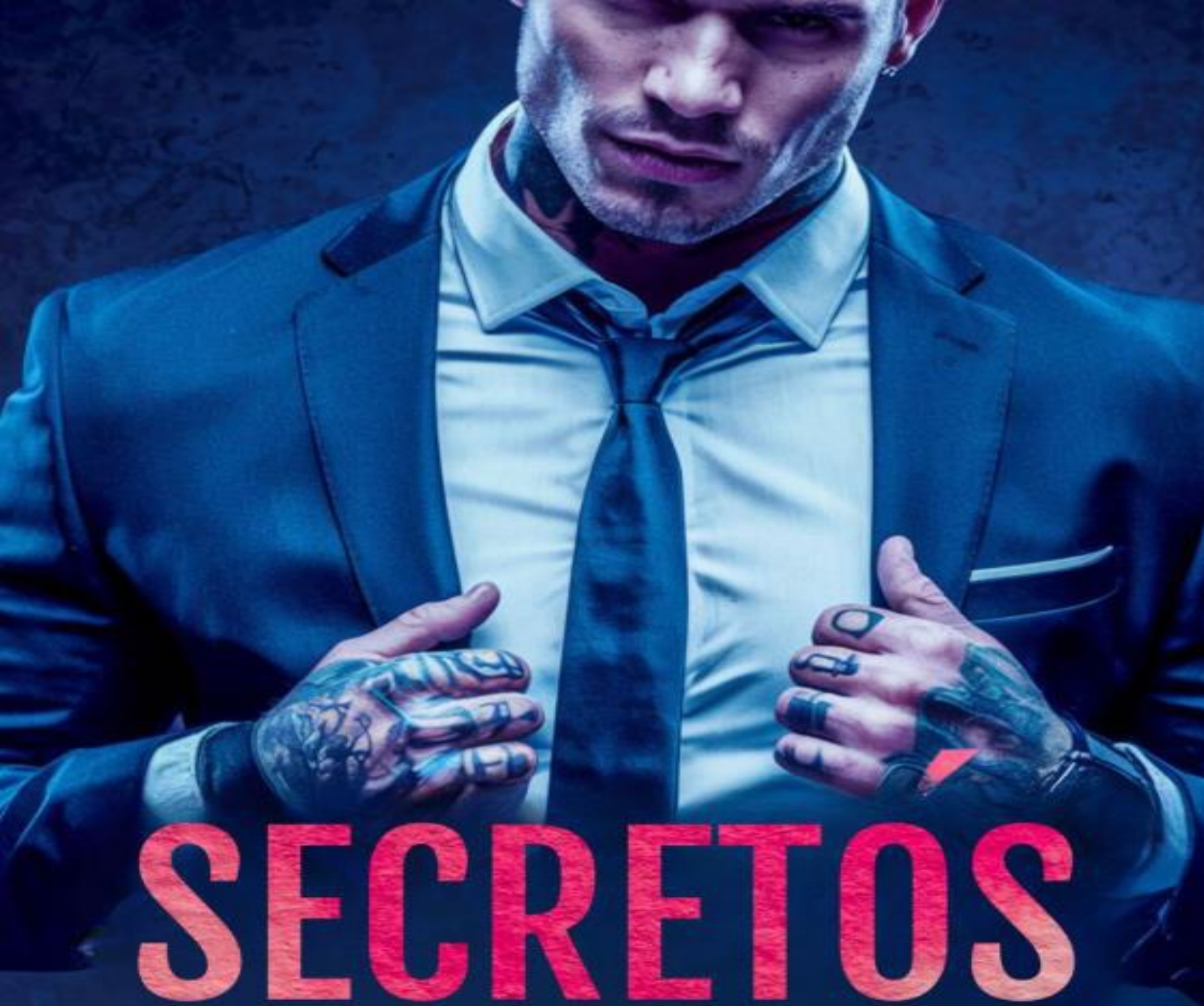




SECRETOS DE PODER

PASIONES PROHIBIDAS
GIANNA COSTA

Prólogo: Secretos de Poder

Bianca De Santis permanecía inmóvil frente al televisor, sintiendo que el aire de la mansión se volvía más denso con cada palabra que salía del noticiero. Su madre, Giulietta De Santis, conocida en los círculos de poder como La Viuda Negra, ocupaba el centro del escándalo que ahora acaparaba las pantallas.

“Última hora: arresto de Giulietta De Santis, una de las figuras más influyentes y temidas en las esferas del poder europeo. Acusada de corrupción, tráfico de influencias y extorsión, la denominada Viuda Negra ha caído en manos de las autoridades tras una investigación encabezada por Luca Romano y su... colaboradora cercana, Valeria Martínez.”

El rostro de su madre apareció en la pantalla, impecable como siempre, con la barbilla en alto y una mirada que, incluso en la derrota, exigía respeto. Los flashes de las cámaras estallaban a su alrededor, pero Giulietta no pestañeó. Parecía una reina marchando al exilio. Pero Bianca sabía lo que había detrás: esto no era una retirada estratégica. Era un ataque directo a su familia. Y el golpe lo habían dado los Romano.

Bianca agarró el control remoto con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos. En la pantalla, Luca Romano aparecía escoltado por una horda de periodistas. A su lado, Valeria Martínez mantenía la cabeza alta, con una seguridad irritante. Esa mujer, desconocida hasta hacía poco, había encontrado la forma de desestabilizar a Giulietta y ahora estaba disfrutando el espectáculo.

“Las pruebas entregadas por Valeria Martínez y el equipo de Luca Romano han sido fundamentales para este arresto,” continuó el presentador. “Este evento podría marcar el inicio del declive de los De Santis, mientras los Romano consolidan su posición.”

—Malditos sean... —susurró Bianca, sintiendo el calor de la ira subir por su garganta.

Las puertas de su habitación se abrieron de golpe. Alessandro, su hermano mayor, entró sin anunciarse, con su característico porte tranquilo y su mirada afilada.

—Esto no es una derrota —dijo Alessandro, mientras apagaba el televisor con un movimiento firme. —Es solo un nuevo tablero de juego.

Bianca soltó una risa amarga.

—¿De verdad? Mamá está siendo arrastrada frente a todo Chicago, como si fuera una criminal común, y tú lo llamas un juego.

—La Viuda Negra no es fácil de aplastar —contestó él, acercándose a ella con calma depredadora. —Los Romano y su preciosa Valeria han subestimado a esta familia. Pero es hora de que demos quiénes somos, Bianca.

—¿Y qué se supone que haga yo? —preguntó, cruzándose de brazos. —¿Aplaudir mientras nos hundimos?

—No. —Alessandro le dirigió una sonrisa fría, cargada de peligro. —Lo que harás es recordar quién eres. Eres una De Santis. Y los De Santis no imploran ni retroceden.

Bianca apartó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de su hermano. Sabía que tenía razón. Si algo le había enseñado su madre, era que la supervivencia no era para los débiles.

Desde el televisor apagado, la pantalla negra reflejaba el rostro de Bianca, pero ella apenas se reconocía.

Esto no es el fin, pensó. Es el principio de algo mucho más oscuro.

En algún lugar de esa oscuridad, estaba Los Romano. Y lo que más la perturbaba era saber que, para enfrentarlo, primero tendría que enfrentarse a sí misma.

Capítulo 1: La Gala de los Enemigos

La gala relucía bajo las luces de mil cristales que adornaban el techo del salón principal. La élite de las familias más poderosas de Italia se mezclaba con un propósito disfrazado de frivolidad: alianzas, estrategias, y sobre todo, dominación.

Bianca De Santis entró en el salón como una fuerza de la naturaleza, con un vestido de seda negra que se ajustaba a cada curva como si hubiera sido creado por la propia oscuridad. Cada paso suyo era un desafío. Sabía que la miraban, que susurraban su nombre con respeto y temor. Era la heredera del legado de Giulietta De Santis, *La Viuda Negra*, y no estaba allí para jugar.

—Estás deslumbrante esta noche, *cara mia*.

La voz baja y cargada de peligro la tomó por sorpresa, pero no lo suficiente como para mostrarlo. Bianca giró lentamente, encontrándose con Massimo Romano, quien estaba demasiado cerca para ser casual. Vestido impecable, irradiaba un magnetismo que era tan molesto como innegable. Sus ojos oscuros la recorrían con una intensidad que parecía desvestirla, incluso en medio del tumulto de la gala.

—Massimo —dijo, arrastrando las sílabas con una mezcla de desdén y burla—. Creí que los perros de los Romano tenían prohibida la entrada.

—Qué curiosa manera de saludar a un aliado potencial. Aunque debo decir que tu lengua afilada me fascina tanto como el resto de ti.

Bianca arqueó una ceja, su expresión de hielo intacta, pero sus sentidos estaban alerta. Massimo tenía esa manera de invadir su espacio personal, de inclinarse un poco más cerca de lo necesario, obligándola a notar su presencia. Era una estrategia, lo sabía, pero su cuerpo traicionero reaccionaba con un leve escalofrío.

—No confundas mis palabras con una invitación, Romano —replicó con frialdad—. Si estoy aquí, es porque sé cómo jugar este juego mejor que tú.

Él sonrió, un gesto lento y deliberado que parecía más una amenaza que un acto de cortesía.

—Eso lo veremos. —Massimo bajó la voz, inclinándose hacia ella hasta que sus labios casi rozaron su oído—. Pero cuidado, Bianca. El juego que estoy a punto de proponerte es uno donde las reglas no existen.

Ella no se apartó, pero su mirada se endureció. Podía sentir el calor que emanaba de él, una proximidad peligrosa que encendía algo primitivo en su interior. Se negó a ceder, levantando la barbilla en desafío.

—¿Y qué juego es ese? ¿Uno en el que pretendes que confíe en ti? —dijo, sus labios curvándose en una sonrisa gélida—. No olvides que los Romano siempre han sido maestros del engaño.

Massimo la observó por un momento, como si estudiara cada matiz de su expresión. Finalmente, habló con una seriedad que la desconcertó.

—No se trata de confianza, Bianca. Se trata de supervivencia. Lo quieras o no, nuestras familias están al borde de una guerra que ninguno de nosotros puede ganar solo.

El aire entre ellos se volvió tenso, cargado de algo más que política. Era como si cada palabra intercambiada fuera una chispa en un barril de pólvora. Bianca cruzó los brazos, como si eso pudiera protegerla de la intensidad de su mirada.

—¿Por qué debería creer en tus intenciones, Massimo? —preguntó, desafiándolo con los ojos—. Tal vez este sea solo otro de tus juegos para manipularme.

—Porque, *tesoro mío*, si quisiera manipularte, no estaríamos teniendo esta conversación. —Él se acercó un paso más, su presencia, dominando por completo su espacio—. Pero también porque sé algo que tú no sabes. Algo que podría destruir a ambos si no actuamos rápido.

Bianca sintió que su fachada de calma se tambaleaba por un momento. El tono bajo y peligroso de Massimo, combinado con la proximidad de su cuerpo, hacía que su respiración se volviera más superficial. Había algo en él que la desarmaba, una mezcla de arrogancia y sinceridad que no sabía cómo manejar.

—Habla, entonces —dijo finalmente, su voz un poco más baja de lo que pretendía—. Pero rápido. No tengo toda la noche para tus intrigas.

Massimo sonrió, esta vez con un toque de satisfacción.

—No aquí. Hay demasiados oídos atentos. —Su mirada recorrió el salón antes de volver a ella—. Pero prometo que valdrá la pena.

Antes de que Bianca pudiera responder, un alboroto se escuchó cerca de la salida trasera del salón. La música se detuvo brevemente, y algunas miradas curiosas se dirigieron hacia la fuente del ruido. Massimo aprovechó el momento para tomar la mano de Bianca.

—Ven conmigo.

Ella se resistió por un instante, pero la fuerza en su agarre era firme, y la chispa de curiosidad en su interior la llevó a seguirlo. Cruzaron el salón como sombras, adentrándose en un pasillo que conducía al exterior.

En un callejón detrás del edificio, encontraron la fuente del alboroto: un hombre ensangrentado, apenas consciente, apoyado contra una pared de ladrillos. Bianca sintió un nudo en el estómago al reconocerlo como uno de los informantes de su familia.

—¡Dios mío! —exclamó, arrodillándose junto al hombre—. ¿Qué te ha pasado?

El hombre levantó la cabeza con dificultad, sus ojos vidriosos posándose en ella.

—Una... conspiración... —susurró entrecortadamente, su voz apenas un hilo—. Romano... De Santis... no es lo que parece.

Bianca intercambió una mirada con Massimo, quien se había agachado a su lado. La tensión en su rostro reflejaba la misma preocupación que ella sentía.

—¿Quién está detrás de esto? —exigió Bianca, tomando al hombre por los hombros—. ¡Habla!

El hombre jadeó, sus palabras apenas audibles:

—Un tercero... juega en las sombras... —Una tos violenta lo interrumpió, y un hilo de sangre salió de la comisura de sus labios.

Massimo maldijo por lo bajo, sacando su teléfono para pedir ayuda, pero el hombre levantó una mano temblorosa.

—Demasiado tarde... —murmuró, su mirada perdiéndose en el vacío mientras su cuerpo se desplomaba.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Bianca se levantó lentamente, sus manos manchadas de sangre, y miró a Massimo con una mezcla de confusión y determinación.

—¿Un tercero? —repitió, su mente girando con posibilidades—. ¿Qué significa eso?

Massimo la observó por un momento antes de responder, su voz grave y llena de intención.

—Significa que nuestras familias están siendo manipuladas. Y si no hacemos algo al respecto, ninguno de nosotros saldrá con vida de esto.

Bianca sintió cómo el peso de las palabras de Massimo caía sobre ella. Por primera vez en mucho tiempo, la duda y el miedo amenazaron con derrumbar sus muros. Pero no podía permitirse ceder. No ahora.

—Entonces empezaremos aquí —dijo finalmente, mirando el cuerpo sin vida del informante—. Pero si estás jugando conmigo, Massimo, lo lamentarás.

Él dio un paso hacia ella, su rostro peligrosamente cerca, y su voz se suavizó en un susurro cargado de promesas veladas.

—Si juego contigo, Bianca, no será de la manera que imaginas.

El tirón entre ellos era innegable, como una cuerda tensada al máximo, lista para romperse o estallar en llamas. Bianca sabía que estaba cruzando una línea peligrosa, pero en ese momento, no le importaba.

Y así, el juego comenzó.

Capítulo 2: Pactos en la Oscuridad

El callejón estaba impregnado de humedad y sombras que parecían moverse al compás de la tensión entre ellos. Bianca sentía cada músculo de su cuerpo alerta, pero no por la amenaza que los rodeaba. No. Su atención estaba clavada en Massimo. Ese hombre tenía la habilidad de invadir su espacio de una manera que la desarmaba, y eso la enfurecía tanto como la intrigaba.

Su mirada oscura y fija era un arma más peligrosa que cualquier pistola, y Bianca no podía permitirse bajar la guardia. Había trabajado demasiado para construir una vida en la que el control era su principal escudo. Sin embargo, ahí estaba él, desmantelándola con cada respiración compartida.

—No podemos quedarnos aquí —murmuró Massimo, rompiendo el silencio con una voz grave que resonó en el aire pesado. Sus ojos seguían atrapados en los de ella, como si pudiera leer todos los secretos que ella luchaba por ocultar.

Bianca entrecerró los ojos. Su corazón latía con fuerza, pero no iba a mostrar debilidad. Había lidiado con hombres como él antes, aunque ninguno tan hábil, tan peligroso, ni tan terriblemente atractivo.

—¿Disfrutas esto, Massimo? —preguntó, su voz cortante como una navaja bien afilada—. ¿De verme atrapada en este caos que tú provocaste? Porque si es así, te aseguro que seré tu peor error.

Él esbozó una media sonrisa, una que podría derretir incluso la voluntad más firme. Dio un paso adelante, cerrando aún más el espacio entre ellos, hasta que Bianca pudo sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Sus ojos se detuvieron brevemente en los labios de ella antes de volver a mirarla.

—¿Error? No, Bianca. Tú no eres un error. Eres... —pausó, como si buscara la palabra exacta— ... Un enigma. Y los enigmas no se resuelven huyendo.

Bianca contuvo el aliento, pero no retrocedió. Sabía que si cedía ahora, sería como entregarle las llaves de su fortaleza. Su cuerpo podía estar traicionándola, pero su mente era un campo de batalla que no estaba dispuesta a perder.

—No soy una de tus conquistas —declaró, con una firmeza que desafió el temblor en sus manos—. Y si crees que puedes usar tus encantos conmigo, te llevarás una gran sorpresa.

—No necesito usar nada contigo, Bianca. Tú ya me estás dando todo lo que necesito.

El descaro en su tono hizo que una oleada de ira le recorriera el cuerpo, pero también algo más. Algo más peligroso.

Antes de que pudiera replicar, Massimo alzó una mano hacia su rostro. Lo hizo con una lentitud deliberada, dándole tiempo para apartarse, para detenerlo. Pero no lo hizo. Sus dedos trazaron un camino desde su mandíbula hasta su barbilla, un toque ligero que dejó un rastro de fuego en su piel.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, aunque el temblor en su voz traicionaba la seguridad que pretendía proyectar.

Massimo inclinó la cabeza, acercándose más hasta que sus labios casi rozaron los de ella.

—Demostrándote que no tienes que temerme —susurró.

El deseo en sus palabras era tan palpable como el aire que compartían. Bianca sintió que su mente gritaba una docena de razones para detener aquello, pero su cuerpo tenía sus propios argumentos, y en ese momento, estaban ganando.

—No juegues conmigo, Massimo —advirtió, aunque su voz había perdido su filo.

—No estoy jugando. —Su respuesta fue directa, cruda, y su mano descendió lentamente por el cuello de Bianca, dejando un rastro de escalofríos en su camino—. Pero si estuviera jugando, no tendrías ninguna posibilidad de ganar.

La tensión entre ellos alcanzó su punto de quiebre. Sin saber exactamente cómo, Bianca cerró la distancia que los separaba, capturando los labios de Massimo en un beso cargado de furia y pasión. Fue un choque explosivo, una batalla entre dos voluntades que se negaban a ceder.

Massimo respondió con igual intensidad, sus manos firmes en la cintura de ella mientras la empujaba suavemente contra la pared. Cada movimiento suyo parecía diseñado para marcar territorio, para dejar en claro que no estaba dispuesto a dar marcha atrás.

—Esto es un error... —jadeó Bianca entre beso y beso, aunque no hizo ningún esfuerzo por detenerlo.

—Entonces cometamos el error juntos —replicó él antes de sumergirse nuevamente en el caos de su beso.

Pero justo cuando el momento parecía consumirlos por completo, un ruido cortó el aire. Un golpe suave, casi imperceptible, pero suficiente para romper el hechizo. Ambos se separaron bruscamente, respirando con dificultad mientras sus miradas se encontraban nuevamente, ahora cargadas con una mezcla de deseo insatisfecho y alerta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bianca, su voz, apenas un susurro.

Massimo se tensó, su cuerpo adoptando una postura protectora frente a ella.

—Quédate aquí —ordenó con autoridad, y sin esperar respuesta, se movió hacia la puerta del invernadero cercano.

—No soy alguien que obedezca órdenes, Massimo —replicó ella, pero su tono carecía de la usual fuerza. Su corazón seguía latiendo con fuerza, aunque ahora por una mezcla de emociones y una creciente sensación de peligro.

Massimo ignoró su comentario, abriendo la puerta con cautela. El callejón estaba vacío, pero en el suelo, justo frente a la entrada, había un sobre negro. Lo recogió con el ceño fruncido, examinando su contenido. Cuando levantó la mirada hacia Bianca, había algo en sus ojos que la hizo estremecerse. Era preocupación, genuina y tangible.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, acercándose para ver el contenido del sobre.

Massimo le mostró el dossier que contenía. Las primeras páginas estaban llenas de información detallada sobre ambas familias, secretos que no debían haber salido a la luz. Pero lo que realmente atrajo la atención de Bianca fueron las fotos. Imágenes de ellos dos en el callejón, junto al cuerpo del informante.

—Esto no puede ser... —murmuró Bianca, hojeando rápidamente las páginas—. Es una trampa.

Massimo asintió, sus labios apretados en una línea dura.

—Y alguien quiere que caigamos en ella. Si no nos unimos, no saldremos de esta.

Bianca lo miró, su mente trabajando rápidamente para procesar la situación. Massimo podía ser su enemigo, pero en ese momento, parecía ser su única opción.

—De acuerdo —dijo finalmente, su voz firme—. Trabajaremos juntos. Pero te advierto, Massimo, si me traicionas...

—Seré el primero en lamentarlo —completó él, su tono cargado de una peligrosa sinceridad.

Bianca sostuvo su mirada, sabiendo que estaban a punto de entrar en un juego donde no habría ganadores claros, solo sobrevivientes. Y mientras el peso de sus palabras llenaba el aire entre ellos, supo que, por mucho que intentara ignorarlo, el peligro no era lo único que la ataba a Massimo.

Ese hombre era una chispa en medio de un polvorín, y ella estaba a punto de descubrir qué tan lejos estaba dispuesta a ir para apagar el fuego... o para avivarlo.

Capítulo 3: Bajo el Fuego Cruzado

El rugido ensordecedor de la explosión sacudió el edificio como un trueno que anunciaba el caos. Bianca apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Massimo la empujara al suelo, cubriéndola con su cuerpo mientras una lluvia de escombros caía a su alrededor.

—¿Estás bien?! —gritó, su voz apenas audible entre el estruendo.

Bianca asintió, sus ojos encontrándose con los de él por un breve instante. La cercanía era abrumadora, pero no había tiempo para pensar en ello. El olor a pólvora y humo llenaba sus pulmones, y el calor de las llamas comenzaba a invadir el aire a su alrededor.

—Tenemos que salir de aquí —dijo ella, apartándolo con más fuerza de la necesaria para ocultar el temblor en sus manos.

Massimo asintió, incorporándose rápidamente y tendiéndole una mano. Bianca dudó por un segundo, pero aceptó. Apenas se levantaron, el sonido de disparos resonó en el aire, seguido de gritos y pasos apresurados.

—Esto no fue un accidente —murmuró él, su mandíbula apretada mientras sus ojos evaluaban cada rincón del lugar destruido.

—Ya lo había deducido —respondió Bianca con sarcasmo, aunque su corazón latía descontrolado.

Massimo le lanzó una mirada rápida, como si evaluara si estaba lista para lo que venía. Sin decir una palabra más, la tomó del brazo y la guió hacia la salida trasera del edificio.

El estrecho callejón detrás del edificio estaba sumido en la penumbra, pero no ofrecía la seguridad que Bianca esperaba. A lo lejos, se escuchaban más disparos y el sonido de pasos acercándose.

—¿Tienes un plan? —preguntó, tratando de mantener la calma mientras Massimo la conducía a través de la maraña de callejones.

—Sobrevivir. ¿Te parece suficiente?

Ella estaba a punto de responder cuando un grupo de hombres armados apareció al final del callejón. Massimo reaccionó instantáneamente, empujándola detrás de un contenedor de basura mientras sacaba una pistola que había tenido oculta bajo su chaqueta.

—¡Quédate ahí! —ordenó, asomándose lo justo para disparar.

Bianca apretó los dientes. Detestaba que le dieran órdenes, pero en ese momento, sabía que discutir era inútil. Aunque Massimo estaba manejando la situación, ella no podía ignorar la sensación de impotencia que se extendía por su cuerpo.

—¡Por aquí! —gritó él después de neutralizar a dos de los atacantes. La tomó de la mano y la arrastró hacia otro callejón. Sus dedos eran firmes, pero no dolorosos, y su agarre transmitía una extraña sensación de seguridad.

Corrían sin detenerse, esquivando obstáculos y cruzando calles desiertas. A pesar de la adrenalina que corría por sus venas, Bianca no podía evitar notar algo en Massimo que no había visto antes. Cada vez que se detenía para comprobar el camino o para asegurarse de que ella estaba bien, había un destello de preocupación genuina en sus ojos.

Llegaron a un edificio abandonado, y Massimo forzó la cerradura con facilidad antes de empujarla dentro. Cerró la puerta detrás de ellos, bloqueándola con un mueble cercano.

—Por ahora, estamos a salvo —dijo, respirando con dificultad mientras se apoyaba contra la pared.

—¿Por ahora? —repitió Bianca, cruzándose de brazos—. ¿Ese es tu gran plan?

Él la miró, y por primera vez desde que se conocieron, su expresión era completamente seria.

—Mi gran plan es mantenernos vivos, Bianca. Y considerando las circunstancias, creo que lo estoy haciendo bastante bien.

Ella estaba a punto de replicar cuando se dio cuenta de que todavía estaba sosteniendo su mano. La soltó rápidamente, sintiendo un rubor subir a sus mejillas.

Massimo se acercó a una ventana rota, inspeccionando la calle desde las sombras. Parecía tranquilo, pero Bianca podía ver la tensión en su mandíbula y los músculos de sus hombros.

—¿Por qué haces esto? —preguntó, rompiendo el silencio.

Él se volvió hacia ella, su expresión indescifrable.

—¿Hacer qué?

—Protegerme. Podrías haberme dejado atrás.

Massimo la miró fijamente durante unos segundos antes de responder.

—No soy el monstruo que crees que soy, Bianca.

Ella quiso reírse, pero la intensidad en su mirada la detuvo. Había algo en su tono que la desarmó, algo que la hizo cuestionar todo lo que pensaba saber sobre él.

—No me conoces —dijo finalmente, desviando la mirada.

—Tal vez no, pero eso no significa que no quiera mantenerte a salvo.

La sinceridad en sus palabras la desconcertó. Era más fácil verlo como el hombre peligroso y manipulador que había asumido que era, pero en ese momento, parecía alguien completamente diferente.

Massimo suspiró y se acercó a ella, deteniéndose a pocos pasos.

—Sé que no confías en mí, y tienes tus razones. Pero créeme cuando te digo que no voy a dejar que te pase nada.

Bianca sintió que su corazón se aceleraba, y no tenía nada que ver con el peligro que los rodeaba. Antes de que pudiera decir algo, el sonido de pasos y voces afuera la devolvió a la realidad.

—Tenemos que movernos —dijo Massimo, sacando nuevamente su pistola.

Salieron del edificio con cuidado, moviéndose entre las sombras. La ciudad parecía haber sido tragada por el caos, y cada esquina era una nueva amenaza. Bianca estaba concentrada en no tropezar cuando Massimo habló, su voz apenas un murmullo.

Salieron del edificio con cuidado, moviéndose entre las sombras. La ciudad parecía haberse tragado por completo en el caos, y cada esquina era una nueva amenaza. Bianca estaba concentrada en no tropezar cuando Massimo habló, su voz apenas un murmullo:

—¿Qué recuerdas de Matteo?

Bianca se detuvo en seco, como si el aire se hubiera vuelto de repente irrespirable. Volteó lentamente hacia Massimo, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué dijiste? —su tono era gélido, pero el leve temblor en su voz la traicionó.

Massimo no respondió de inmediato. Su expresión estaba cerrada, pero había algo en sus ojos, una chispa de conocimiento que la puso en alerta.

—Matteo —repitió, su voz más baja, como si pronunciar el nombre fuera un acto peligroso en sí mismo—. Sé lo que pasó entre ustedes, Bianca.

Bianca sintió un frío recorrerle la espalda, un frío que nada tenía que ver con la noche. Matteo. Ese nombre era un fantasma que había enterrado hacía mucho tiempo, un nombre que no tenía derecho a aparecer aquí, en los labios de Massimo.

—No tienes idea de lo que estás diciendo —respondió finalmente, obligándose a sonar firme, aunque su corazón latía con fuerza.

Massimo dio un paso hacia ella, cerrando la distancia entre ambos. La calle estaba desierta, el silencio solo roto por el distante sonido de sirenas.

—Sé más de lo que crees, Bianca —dijo, su voz cargada de una intensidad que la desarmó—. Sé lo que él te hizo. Sé por qué huiste.

Ella retrocedió un paso, negando con la cabeza, como si pudiera apartar sus palabras.

—No sabes nada —espetó, su voz cargada de furia. Pero incluso mientras hablaba, podía sentir cómo las paredes que había construido a su alrededor comenzaban a tambalearse.

Massimo inclinó la cabeza ligeramente, su mirada fija en ella.

—Entonces, ¿por qué estás temblando?

Bianca abrió la boca para responder, pero las palabras se negaron a salir. Porque Massimo tenía razón. Estaba temblando. No solo por el frío, no solo por el caos que los rodeaba, sino porque el pasado que había luchado tanto por dejar atrás acababa de alcanzarla.

Y lo peor de todo era que no tenía idea de cómo Massimo sabía sobre Matteo.

—¿Quién eres realmente, Massimo? —susurró, su voz, apenas un eco entre ellos.

Él no respondió, pero en la sombra de su sonrisa, Bianca vio una promesa peligrosa: respuestas, sí, pero solo si estaba dispuesta a enfrentar todo lo que venía con ellas.

—Bianca, espera...

Ella no lo hizo. Se adentró en la noche, con el corazón latiendo descontroladamente y una tormenta de preguntas en su mente. ¿Cómo podía saber Massimo algo tan íntimo, algo que ella misma había intentado olvidar?

Mientras se perdía entre las sombras, una cosa era clara: el peligro no venía solo de los enemigos que los perseguían. También venía del hombre que estaba dispuesto a protegerla a toda costa.

Capítulo 4: Confesiones y Secretos

El refugio era sombrío, alejado del bullicio y el peligro que aún rondaba las calles. Las paredes de ladrillo, grises y frías, no ofrecían mucha comodidad, pero para Bianca era el único lugar donde podía sentirse algo más segura, al menos por el momento. El espacio reducido, con una sola ventana que apenas dejaba entrar luz, los obligaba a estar cerca, a compartir el aire en la misma habitación. Y esa cercanía, más que cualquier otra cosa, comenzaba a tensar el ambiente entre ellos.

Massimo estaba en la esquina, observando la habitación con la misma mirada analítica con la que siempre lo hacía. Pero hoy, había algo diferente en su postura. Su actitud, normalmente distante, se había suavizado ligeramente, como si estuviera dispuesto a dejar caer algunas de las barreras que construía a su alrededor. Bianca, por su parte, sentada en una silla de madera vieja, no podía dejar de analizar cada gesto suyo. La atracción que sentía por él se había vuelto casi insoportable. Había algo en su manera de moverse, en la forma en que sus ojos la recorrían, algo que la hacía pensar que, en el fondo, Massimo no era tan frío como aparentaba.

—¿Quieres hablar de lo que ocurrió? —preguntó Massimo, rompiendo el silencio.

Bianca levantó la mirada, encontrándose con sus ojos oscuros, profundos como un abismo. Sabía que él se refería a la explosión, a la razón por la que estaban ahora escondidos, a la fragilidad de su situación. Pero, más que eso, sus palabras parecían invitarla a hablar de lo que había sucedido entre ellos, de los secretos que ambos guardaban bajo capas de mentiras y desconfianza. Sin embargo, Bianca se mostró reticente. No quería que él viera más de lo que ella estaba dispuesta a mostrar. Aún no.

—No sé por qué debería confiar en ti, Massimo. —Sus palabras salieron con una dureza que no reflejaba del todo lo que sentía por dentro, aunque había un rastro de duda en su voz—. Mi vida está llena de secretos, y no sé si tengo fuerzas para compartirllos.

Massimo dio un paso hacia ella, la distancia entre ambos se redujo. Era una jugada calculada, y Bianca lo sabía. Pero en ese instante, una parte de ella no quería que se apartara. El calor de su proximidad era tentador, y aunque su mente gritaba que debía mantenerse firme, su cuerpo no lo escuchaba.

—No te estoy pidiendo que me lo cuentes todo —respondió él con calma, pero había una intensidad en su tono que la hizo sentir que él sabía mucho más de lo que dejaba entrever—. Pero quizás, solo quizás, si compartes algo conmigo, podríamos entendernos mejor.

Bianca frunció el ceño, su respiración se volvió más pesada. Aquella propuesta, tan sencilla, pero tan cargada de significado, la obligaba a cuestionarse sus propios límites. Pero más que eso, había algo en Massimo que la hacía querer confiar en él, aunque su lógica le advirtiera que eso era un error.

Aunque, en el fondo, ella sabía que él ya conocía la verdad. No por su voluntad, sino porque Massimo era un hombre que no perdía detalles. Sabía todo sobre el pasado de Bianca: el romance con Matteo, el espía que la había manipulado, la mentira que la había arrastrado a un juego mortal que no comprendió hasta que ya era demasiado tarde. Massimo había sido quien, con un cuidado envidiable, había desentrañado ese secreto. No necesitaba que ella lo dijera en voz alta.

—Lo que ocurrió entre Matteo y yo... —dijo Bianca, sintiendo cómo sus palabras se ahogaban en la boca. El dolor de recordar aquello se volvía insoportable—. Yo pensaba que era algo verdadero. Pensaba que estaba enamorada de él. Pero Matteo era un espía. Estaba usando todo lo que sentía por mí para hacerme creer en algo que no existía. Él no estaba del lado de mi familia. Estaba trabajando para otra familia, o... o tal vez para una agencia de inteligencia. Nadie lo sabía realmente. Y yo era solo una pieza más en su juego.

Massimo escuchó sin interrumpirla, sin hacer comentarios. No necesitaba hacerlo. Ya conocía la historia. Había sido su propio trabajo descubrirla, desde el principio. Con sus conexiones, con sus informantes, había logrado encontrar la verdad oculta detrás de la fachada perfecta que Matteo había construido. Bianca nunca se enteró de cómo Massimo había conseguido esa información, pero eso no cambiaba el hecho de que él la sabía todo.

Bianca sintió la mirada de Massimo sobre ella, profunda, implacable. Y, aunque sus ojos no mostraban compasión, había algo en ellos que reflejaba un entendimiento inquebrantable. No la juzgaba. A veces, eso era lo peor de todo: que Massimo no la juzgara.

—No tienes que explicarme nada, Bianca. —Su voz era suave, casi neutral, pero había un toque de algo más. Algo que Bianca no alcanzaba a identificar, pero que la dejaba desarmada—. No soy tan ingenuo como para no saber lo que ocurrió. Sé que no fue tu culpa.

Bianca no sabía cómo reaccionar a esas palabras. No era lo que esperaba de él. En lugar de reproches, encontró una aceptación inquietante que la dejaba más vulnerable de lo que se sentía cómoda. Durante todo este tiempo, había mantenido una pared impenetrable, pero las grietas comenzaban a aparecer. Y Massimo estaba allí, observándola, esperando a ver qué decisión tomaría.

Un silencio denso cayó entre ellos, y Bianca no pudo evitar notar cómo la tensión aumentaba con cada segundo. Era como si la atmósfera misma estuviera cargada de algo que ninguno de los dos podía evitar. La proximidad entre ellos se volvía cada vez más incómoda, pero a la vez, esa cercanía la atraía más de lo que le gustaría admitir.

Massimo dio un paso más, acercándose lentamente. Bianca se tensó, y al ver su movimiento, un instinto de autoprotección la hizo retroceder, tomando una ligera distancia entre ellos. Había algo en ese hombre, algo tan poderoso y dominante, que la hacía sentirse pequeña. Pero, a pesar de su deseo de mantener la distancia, había una parte de ella que no quería alejarse. No quería perder esa conexión que, aunque peligrosa, la hacía sentirse viva de una manera que no experimentaba con nadie más.

—No hagas esto —susurró Bianca, levantando la mano como una barrera invisible entre ambos. Pero no era solo una barrera física. Era una barrera emocional, algo que aún no estaba dispuesta a derribar.

Massimo la observó en silencio, sus ojos fijos en ella, pero sin hacer ningún movimiento agresivo. Se quedó allí, sin apresurarla, esperando. No necesitaba palabras, porque sabía que Bianca estaba luchando con algo más grande que su atracción por él. Era el miedo a perder el control, el miedo a ceder a lo que sentía.

Finalmente, Bianca apartó la mirada. No podía soportar la intensidad de su presencia. No ahora.

—Lo siento, Massimo, no puedo... no puedo hacerlo. —Su voz estaba quebrada, como si

estuviera luchando contra algo interno que no podía comprender.

Massimo no dijo nada. Solo asintió, como si hubiera esperado esa respuesta. Y, por una extraña razón, Bianca se sintió aliviada por su silencio. Porque él, de alguna forma, entendía.

Pero, antes de que el ambiente pudiera calmarse, el sonido del teléfono de Bianca interrumpió el momento. Ella lo miró, desconcertada. El nombre en la pantalla era desconocido, pero el mensaje que apareció en la pantalla la heló por completo.

Un mensaje anónimo.

"Tu lealtad se pondrá a prueba más pronto de lo que crees."

Bianca sintió que el mundo se detenía por un instante. No solo el mensaje la desconcertaba, sino que también sabía que esto era solo el comienzo. La guerra que se estaba librando en las sombras apenas comenzaba, y las lecciones que tenía que aprender serían mucho más difíciles de lo que había anticipado.

Massimo, notando su inquietud, se acercó de inmediato.

—¿Qué es? —preguntó con urgencia.

Bianca no respondió de inmediato. Solo miró el teléfono, incapaz de apartar los ojos del mensaje que se repetía una y otra vez en su mente.

"Tu lealtad se pondrá a prueba más pronto de lo que crees."

El futuro parecía incierto, pero una cosa era clara: las decisiones que tomaría de ahora en adelante serían mucho más difíciles.

Massimo no podía permitir que Bianca estuviera sola en eso. Si había algo que él entendía a la perfección, era que los enemigos en el mundo en el que vivían no solo llegaban en forma de balas o explosiones. Eran mucho más sutiles. La confianza que Bianca había puesto en Matteo había sido una trampa, y él no podía permitir que la historia se repitiera.

Sin embargo, antes de que pudieran discutir el mensaje, un ruido sordo proveniente de la puerta principal hizo que ambos se tensaran. El sonido del peligro estaba en el aire, y no era el tipo de advertencia que podían ignorar.

Capítulo 5: Las Sombras de la Venganza

El aire frío de la madrugada se colaba a través de la rendija de la ventana del refugio improvisado. Bianca observaba el horizonte, su mente abrumada por todo lo que había ocurrido en las últimas horas. La mentira de Matteo, las verdades a medias de Massimo, y ahora el mensaje ominoso que había recibido en su teléfono, todo eso la dejaba inquieta, sin saber en quién podía confiar realmente.

Massimo, por su parte, estaba sentado frente a una mesa de madera, rodeado de papeles y archivos dispersos. Había algo en su comportamiento que demostraba que no estaba dispuesto a descansar. Sabía que todo esto no había sido una simple casualidad. Había alguien detrás de todo, alguien que jugaba un juego más peligroso de lo que imaginaban. Y, para su sorpresa, esa figura no solo estaba fuera de sus círculos, sino que estaba dentro de ellos.

—Tenemos que hablar —dijo Massimo, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos desde la última conversación.

Bianca lo miró con cautela. Sabía que la conversación que seguía no iba a ser fácil, pero no podía negarse a lo que estaba a punto de descubrir. Sabía que Massimo no le ocultaría nada relevante, aunque su actitud distante la mantenía en una constante incertidumbre. No obstante, algo en la atmósfera de esa habitación le decía que hoy las piezas del rompecabezas finalmente encajarían.

Massimo se acercó a la mesa y, con un gesto rápido, apartó algunos de los papeles. A medida que lo hacía, Bianca reconoció varios nombres. Algunos le resultaban familiares, otros no. Pero lo que realmente la dejó sin aliento fue la conexión que se tejía entre los documentos.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Bianca, acercándose a la mesa. La incertidumbre era palpable en su voz.

Massimo le señaló un documento específico. Era una lista de personas influyentes dentro de ambas familias, la suya y la de él. En la parte superior del papel, había una palabra subrayada en rojo: "Traidor".

—Una figura dentro de nuestras propias familias está orquestando todo este conflicto. Alguien que, desde las sombras, ha estado manipulando cada uno de los eventos que nos han llevado hasta aquí —dijo Massimo, su tono grave reflejando lo serio de la situación.

Bianca frunció el ceño, pero no podía dejar de sentir que algo encajaba. Había estado tan centrada en sus propios miedos y traiciones, que no había reparado en lo obvio: alguien dentro de su círculo cercano la había estado manipulando todo este tiempo.

—¿Quién? —preguntó Bianca, su voz temblando por la mezcla de furia y sorpresa que recorría su cuerpo. — ¿Qué es lo que no me has contado, Massimo?

Massimo la miró, sus ojos llenos de determinación, pero también de dolor. Sabía que Bianca había sido víctima de un juego mucho más grande, pero no podía protegerla de todo. Había llegado el momento de revelar la verdad.

—Mi padre, Domenico De Santis, está involucrado. —Las palabras de Massimo flotaron en el aire como una sentencia.

Bianca dio un paso atrás, como si el impacto de las palabras la hubiera golpeado físicamente.

Domenico. El hombre que había sido una figura central en la familia De Santis, el patriarca que siempre había mantenido un control férreo sobre todo, estaba involucrado en lo que parecía ser una traición de proporciones épicas.

—¿Cómo es eso posible? —Bianca apenas podía comprender lo que escuchaba. Domenico De Santis, el hombre que había sido respetado y temido por todos, ¿en qué momento se había convertido en parte del problema y no de la solución?

Massimo tomó aire antes de continuar. Su relación con su padre era tensa, siempre lo había sido, pero esta revelación desbordaba todo lo que había imaginado sobre su familia.

—No puedo probarlo aún, pero todos los indicios apuntan a él. Los documentos que hemos encontrado, los contactos que tiene con las personas que han estado atacándonos... todo lleva hasta él. No sé si es una jugada para tomar el control de la familia o si hay algo más detrás de todo esto. Pero lo que sé es que alguien dentro de nuestras familias nos está utilizando a todos, y no hay forma de que podamos ignorarlo.

Bianca escuchó en silencio, procesando cada palabra. La idea de que su propia familia pudiera estar involucrada en algo tan oscuro la hacía cuestionarse todo lo que había creído sobre su vida, sobre lo que había sido su realidad hasta ahora. ¿Qué tan lejos llegarían sus propios seres queridos por poder, por control?

—No puedo creerlo —musitó Bianca, sintiendo cómo la incredulidad la invadía. Pero, al mismo tiempo, una sensación extraña la recorrió. Algo en su interior le decía que, de alguna forma, esto ya lo sabía, que había pistas, señales que había ignorado por el bien de su propia seguridad emocional. Había vivido durante años bajo la sombra de una familia que no estaba tan unida como parecía.

Massimo la observó de reojo. Sabía lo que estaba sintiendo: el dolor de ver cómo su mundo se desmoronaba bajo el peso de la traición. Y entendía que Bianca no podía asimilarlo todo tan rápido. Había sido parte de un juego, pero el problema era mucho mayor que lo que ella imaginaba. Y aún así, él sentía que estaba a su lado, dispuesto a protegerla a toda costa.

Un sonido sordo interrumpió sus pensamientos. Ambos se tensaron al instante. Bianca, aunque en shock, se levantó rápidamente. Massimo se acercó a la ventana, observando las sombras que se cernían sobre el edificio.

—No estamos solos —dijo en voz baja. Su tono era serio, casi mortal. Sabía que el peligro estaba cerca, y no podían permitirse un solo error.

En ese momento, un ruido sibilante llegó hasta sus oídos. Bianca sintió cómo su corazón aceleraba. Se giró hacia Massimo, quien ya había comenzado a preparar su arma. La tensión en el aire era insoportable. Sin decir una palabra, Massimo la empujó hacia el rincón más alejado de la habitación.

—Mantente cerca de mí, no te muevas. —La frialdad de sus palabras fue un claro aviso de lo que estaba por venir.

Bianca, aunque aterrada, obedeció. No podía dudar de él ahora. En ese momento, su supervivencia dependía de su capacidad para confiar.

Las puertas del refugio fueron derribadas con un ruido ensordecedor. Una ráfaga de disparos

atravesó el aire. Bianca se agachó, cubriéndose detrás de la mesa. Massimo la protegía con su cuerpo, disparando con precisión mortal, mientras las sombras avanzaban hacia ellos.

—¡Vamos! —gritó Massimo, empujándola hacia una salida trasera. Había algo en sus ojos, algo que Bianca no había visto antes: la desesperación de saber que su vida y la de ella estaban en juego.

Pero, cuando llegaron al pasillo trasero, algo sucedió que hizo que el mundo de Bianca se desmoronara por completo. Un grupo de hombres armados los rodeó. De pronto, una voz familiar resonó en el aire, haciendo que Bianca se detuviera en seco.

—No me mires así, Bianca. Es demasiado tarde para huir. —La voz era fría, implacable. Bianca levantó la vista y vio a alguien que nunca pensó que vería en su vida.

Un hombre de rostro sombrío y expresión calculadora se acercó. Era un hombre de su pasado. Matteo. La revelación de que él estaba involucrado en todo esto hizo que la sangre de Bianca se helara.

Pero no era solo él. La figura que había estado manipulando todo esto, la que había orquestado su dolor y su sufrimiento, estaba mucho más cerca de lo que pensaba.

Massimo la miró, sus ojos llenos de furia. Estaba claro que las sombras de la venganza se extendían más de lo que ambos imaginaban.

—Corre —susurró Massimo a Bianca, empujándola hacia la única salida que quedaba—. ¡Corre, ahora!

Pero Bianca, en medio del caos, no podía evitar pensar en lo que acababa de descubrir: las sombras de la venganza eran mucho más oscuras de lo que imaginaban. Y, ahora, ella era parte de esa guerra.

Capítulo 6.1: La Traición Más Cercana

Bianca nunca había sentido una sensación tan intensa de paranoia como la que la envolvía en ese momento. Cada ruido en la calle, cada sombra que se deslizaba por las paredes del apartamento, le parecía sospechosa. La calma que había rodeado la mañana se había disipado por completo. Ahora, cada paso que daba sentía que alguien estaba observando. Y lo peor de todo: tenía la certeza de que ese alguien estaba más cerca de lo que podía imaginar.

Había algo en el aire esa tarde, algo que la inquietaba. Aquel mensaje anónimo que había recibido días atrás, *"Tu lealtad se pondrá a prueba más pronto de lo que crees"*, parecía estar tomando forma de manera tangible. Algo no cuadraba, y Bianca no podía evitar sentir que los hilos de su vida se estaban enredando más con cada movimiento que hacía.

Mas lo que más la inquietaba era la creciente sensación de traición. La verdad que había estado ignorando por tanto tiempo comenzaba a emerger, y con ella, las piezas del rompecabezas encajaban de una forma que no le gustaba nada. Sabía que algo le había estado ocultando, que el peligro ya no era solo externo, sino que se encontraba dentro de su círculo más cercano. Y ahora, tenía la evidencia.

Bianca estaba en el salón de la lujosa casa de Massimo, la

cual se había convertido en su refugio a pesar de todo lo que envolvía su relación. Había decidido investigar. Algo le decía que debía hacer frente a las dudas que la acosaban, y al hacerlo, encontró algo más que sospechoso: un par de fotos que no deberían estar allí.

Las imágenes mostraban conversaciones privadas entre ella y Massimo, conversaciones que nunca debían haber salido del círculo más cercano de confianza. A simple vista, parecían inofensivas, pero las marcas de las huellas digitales sobre el vidrio de la mesa y la extraña ubicación en la que habían sido encontradas le revelaron lo que no quería admitir. Alguien había estado siguiendo cada uno de sus movimientos, había estado observando desde las sombras.

No tuvo que pensar mucho para deducir quién podría estar detrás de esto. Había alguien en su vida que siempre había estado cerca, alguien que, en sus ojos, no representaba una amenaza. Pero, al parecer, Bianca había estado equivocada.

Un golpe en la puerta la hizo saltar. Su corazón latió con fuerza mientras se acercaba lentamente, sin saber si debería estar temerosa o aliviada. Cuando la abrió, Massimo estaba allí, con una expresión tensa y decidida.

—Bianca, tenemos que irnos. Inmediatamente.

Bianca no dijo nada, pero sus ojos se encontraron con los

suyos y comprendió que no era una sugerencia, sino una orden. Algo había cambiado, algo que la hacía sentir que todo había tomado un giro fatal.

—¿Qué está pasando? —preguntó Bianca mientras tomaba su abrigo y salía apresuradamente del apartamento, no sin antes dejar una mirada inquieta sobre las fotos que había encontrado.

Massimo la tomó de la mano y la condujo por las calles desiertas, su paso acelerado. No había tiempo para explicaciones, y Bianca sabía que algo estaba a punto de estallar.

En el momento en que llegaron a la ubicación segura que Massimo había señalado, una casa en las afueras de la ciudad, Bianca sintió que el aire se volvía más denso. Algo no estaba bien. La atmósfera estaba cargada de tensión, y a lo lejos, podía escuchar los motores de los autos acercándose a gran velocidad.

De repente, el sonido de disparos rompió el silencio de la noche. Bianca se agachó instintivamente mientras Massimo la cubría con su propio cuerpo, protegiéndola del peligro. La traición ya estaba sobre ellos. El enemigo había hecho su movimiento. La figura que había estado observando desde las sombras no era otra que un conocido enemigo de la familia De Santis, alguien con quien Massimo había tenido conflictos en el pasado. Pero lo más

aterrador era la revelación que vino con los disparos: alguien dentro de la propia familia de Bianca había traicionado su confianza.

Massimo, aunque herido en el hombro por una bala perdida, no mostró signos de debilidad. Agarró a Bianca con firmeza y la empujó hacia un escondite, mientras él se enfrentaba al ataque. Sabía que este era el precio de la guerra que habían estado librando, pero nunca pensó que la traición llegaría tan cerca.

Con cada paso que daban, Bianca sentía que el mundo que conocía se derrumbaba aún más. Había tomado decisiones equivocadas, había confiado en las personas equivocadas, y ahora las consecuencias se materializaban ante sus ojos.

Una vez que los disparos cesaron, Massimo, jadeante pero firme, miró a Bianca y la tomó del rostro, asegurándose de que estuviera a salvo.

—Esto no ha hecho más que comenzar. Ellos sabían que nosotros estábamos tras ellos. Quienquiera que haya estado espiándonos, está jugando un juego mucho más grande de lo que pensamos —le dijo con tono grave.

Bianca asintió, sintiendo el peso de las palabras de Massimo, pero la incertidumbre no desaparecía. Todo lo que había aprendido hasta ese momento parecía ser solo una fracción de la verdad. Lo que más le inquietaba era lo que no sabía aún.

Después de la emboscada, Massimo la condujo a un lugar aún más seguro. Allí, le mostró información confidencial que había conseguido de las operativas de los De Santis, pero entre los papeles, un nombre sobresalió. Un nombre que Bianca nunca pensó que volvería a escuchar: **Marco De Santis**.

—Tu padre ha estado involucrado en esto —dijo Massimo, mostrando los documentos con una frialdad escalofriante—. Él sabía más de lo que nos imaginamos.

La revelación de Massimo dejó a Bianca sin palabras. Sabía que su padre, Marco De Santis, tenía un pasado turbio, pero jamás imaginó que estuviera tan involucrado en el conflicto. Las piezas de todo lo que había estado sucediendo comenzaron a encajar de forma escalofriante, pero aún quedaba una pregunta crucial en el aire: ¿hasta qué punto estaba dispuesto su padre a llegar para ganar la guerra con los Romano?

Bianca no podía ignorar el sentimiento de traición que la invadió. No solo había sido engañada por aquellos en los que confiaba, sino que ahora su propio padre parecía ser parte del juego mortal. Sin embargo, lo peor estaba por llegar.

Horas después, Bianca enfrentó a su padre en una llamada telefónica que dejó sus entrañas revueltas. El hombre que había sido una figura de autoridad en su vida, un hombre

que ella había admirado y respetado, la miró a través de la pantalla del teléfono con frialdad.

—Bianca —comenzó Marco De Santis—, todo lo que has hecho hasta ahora ha sido una distracción. La guerra entre los De Santis y los Romano tiene raíces mucho más profundas de lo que imaginas. Lo que está por venir será mucho peor de lo que pensabas.

El corazón de Bianca latió con fuerza. Sus peores temores se estaban materializando ante sus ojos.

—¿De qué estás hablando, papá? —le preguntó con voz temblorosa.

—De ti, Bianca. *De ti* —dijo Marco, con una malicia que Bianca jamás había escuchado en su voz—. El chico con el que te has estado mezclando, Massimo De Santis, es solo el principio. La venganza de Matteo será mucho más grande de lo que imaginas. Él no ha olvidado lo que hiciste.

Bianca sintió un escalofrío recorrer su cuerpo al escuchar el nombre de Matteo. El hombre que había amado, el hombre que había dejado atrás. ¿Cómo podía ser posible que estuviera involucrado en todo esto? ¿Qué clase de monstruo se había convertido después de su traición?

Antes de que pudiera responder, la llamada se cortó abruptamente, dejándola en un mar de confusión y

desesperación. Estaba atrapada entre las lealtades divididas de su familia y el monstruo que, aparentemente, su propio amor había creado.

La traición venía de todos lados. Pero el hombre que alguna vez amó, Matteo, parecía ser el principal motor detrás de su destrucción.

Bianca ya no sabía en quién podía confiar. Y las respuestas que tanto deseaba parecían estar cada vez más lejos de su alcance.

Capítulo 6: La Traición Más Cercana

El amanecer llegó con una luz fría y difusa que apenas lograba calentar la ciudad. Bianca y Massimo se encontraban en el pequeño apartamento de él, un refugio improvisado donde se habían resguardado tras la última emboscada. Ambos sabían que necesitaban un paso decisivo, un plan para acceder a la información que pudiera desenmarañar la red de traiciones que amenazaba a sus familias.

Massimo estaba sentado en la mesa, rodeado de documentos y teléfonos, concentrado en estudiar los detalles de los movimientos de los De Santis. Su rostro, habitualmente sereno, reflejaba la inquietud que sentía. La situación no solo era peligrosa para ellos, sino que cada vez se sentía más personal.

“Tenemos que actuar rápido, Bianca. No sé cuánto más podremos seguir ocultándonos”, dijo Massimo, su voz firme, aunque con un tinte de frustración.

Bianca asintió sin decir palabra. La tensión entre ellos, producto de los secretos, las mentiras y la proximidad, no hacía más que crecer con cada minuto que pasaba. Pero ahora no era momento de eso. Necesitaban información crucial, y solo había una manera de conseguirla: recurrir a Luca y Valeria.

Massimo lo sabía, pero había algo en su rostro que traicionaba sus sentimientos al respecto. Luca siempre había sido el hermano mayor, el protector, el que se había mantenido a una distancia emocional de todo lo que estaba ocurriendo en el seno de la familia De Santis. Y Valeria... Valeria era la esposa de Luca, pero también alguien con quien Massimo no había tenido nunca una relación sencilla. Había una dinámica tensa entre ellos, desde los días en los que Valeria había comenzado a estar más cerca de Bianca, desafiando las expectativas de las familias y sus propios vínculos.

“¿De verdad crees que ellos nos ayudarán?” Bianca preguntó, observando los movimientos tensos de Massimo. La pregunta no era solo sobre la información, sino sobre la posibilidad de que, al pedir ayuda, los vínculos familiares fueran puestos en juego nuevamente.

“Es lo único que podemos hacer. Si queremos salvarnos, si quiero salvarte... necesito que los vea. Pero tienes que estar preparada. No será fácil”, dijo Massimo, su mirada fija en la mesa, como si no pudiera enfrentarla directamente.

A pesar de todo, Bianca no dijo nada. Estaba cansada de tener que tomar decisiones bajo presión, pero sabía que Massimo tenía razón. Era el único camino posible.

Un par de horas después, en un discreto café en el centro de la ciudad, Bianca y Massimo se encontraron con Luca y Valeria. El ambiente era tenso, cargado de una electricidad casi palpable. Luca, con su porte de líder natural, observó a Massimo con una mirada que hablaba más de lo que cualquiera pudiera decir.

“¿Por qué ahora, Massimo? ¿Qué tan grave es?” Luca preguntó, su tono grave. No había reproche en su voz, pero sí una cierta desconfianza que no se disimulaba bien.

“Es más grave de lo que imaginas. Y no tengo más opciones”, respondió Massimo, sin mirarlo directamente.

Valeria, por su parte, estaba más tranquila, aunque igualmente seria. Sus ojos se fijaron en Bianca, quien evitaba mirar de frente a la mujer que había sido su amiga en algún momento, pero que ahora representaba una frontera en su vida.

La conversación comenzó de manera fría, casi mecánica. Massimo y Luca discutían la estrategia, la información que necesitaban obtener y cómo moverse sin ser detectados. Pero Bianca no podía concentrarse completamente en lo que decían. Su mente estaba ocupada con las palabras que Valeria había mencionado antes.

“Bianca”, la voz suave de Valeria la sacó de sus pensamientos. “Sé que esto debe ser difícil para ti, especialmente porque amas a Massimo...”

Bianca sintió un nudo en el estómago. A pesar de sus esfuerzos por mantener la calma, no podía evitar que sus emociones fueran más fuertes de lo que quería admitir.

“No es tan simple”, respondió Bianca, con la voz apenas un susurro. “Massimo está del lado equivocado. Toda su familia lo está. Y yo... no sé si puedo confiar más en ellos.”

Valeria la miró fijamente, sus ojos oscuros y llenos de comprensión. “Entiendo lo que sientes. No me malinterpretes. Pero amar a alguien del bando enemigo no es algo que se elige. A veces, simplemente sucede. Y no siempre somos dueños de lo que sentimos.”

Bianca tragó saliva, asintiendo lentamente. Era difícil no pensar en lo que Valeria había dicho, en su propio amor por Massimo, que se estaba convirtiendo en algo cada vez más complicado. Las lealtades familiares, los secretos... todo se estaba mezclando en su mente, haciendo imposible saber qué hacer.

Pero Valeria continuó, sin dejar que la conversación se estancara. “Lo que intento decir es que, a veces, el amor no tiene que ver con la lealtad, sino con lo que estamos dispuestos a arriesgar. Y si amas a Massimo, tendrás que decidir qué estás dispuesta a perder.”

Bianca tragó saliva. Las palabras de Valeria la tocaban en un nivel que no quería admitir.

“Pero no es solo sobre él, Valeria. Es sobre todo lo que está en juego. Mi familia. Mi propia vida. ¿Cómo puedo elegir entre eso y... él?” Bianca preguntó, su voz quebrada.

Valeria le dedicó una mirada tranquila. “A veces no se elige. A veces, el destino lo hace por nosotros. Solo asegúrate de que no te destruya por dentro. Si no puedes soportarlo, si sientes que el riesgo es demasiado grande, entonces aléjate. Pero recuerda que el amor no siempre está destinado a ser sencillo.”

Bianca cerró los ojos, absorbida por la profundidad de las palabras de Valeria. El amor no era sencillo. Pero tal vez eso era lo que lo hacía tan fuerte. O tan devastador.

El ambiente entre los hermanos, sin embargo, estaba tomando un giro tenso. Luca y Massimo se miraban, pero no se decían nada. La incomodidad era evidente. Había algo en el aire, algo que se había acumulado desde los días en que sus caminos habían comenzado a alejarse, cuando la familia se fracturó y las lealtades se pusieron a prueba.

Finalmente, Massimo rompió el silencio. “Luca, necesitamos esa información. No tengo tiempo para juegos.”

Luca le respondió con frialdad. “No soy un niño, Massimo. Sé lo que está en juego. Y si hay algo que hemos aprendido es que las traiciones no siempre vienen de fuera. Algunas veces, vienen del interior.”

La tensión se desbordó en el aire, y Bianca sintió que la conversación estaba a punto de explotar en algo más grande. Pero antes de que pudiera intervenir, el sonido de su teléfono interrumpió el momento. Con manos temblorosas, Bianca lo miró.

El mensaje era breve, pero suficiente para helarle la sangre:

“Tu lealtad se pondrá a prueba más pronto de lo que crees.”

El mensaje la dejó helada. Nadie sabía lo que había pasado entre ella y Massimo. Nadie más que él. ¿Quién podía estar detrás de esta amenaza?

El ambiente en la mesa se volvió aún más tenso. Los ojos de Massimo se clavaron en ella, pero Bianca no pudo decir nada. El futuro era incierto, y de repente, las lealtades, los sentimientos, y los secretos se entrelazaban de una forma que amenazaba con romperlos a todos.

El sonido de un coche freno en seco fuera del café. Los cuatro se levantaron al mismo tiempo. Bianca no necesitaba preguntar quién había llegado. Podía sentir la amenaza en el aire. La emboscada había comenzado, y esta vez, no tenían a quién recurrir.

Capítulo 7: Una Alianza Irrompible

La noche había caído sobre la ciudad, pero Bianca no podía encontrar descanso. En la penumbra de su habitación, la luz tenue de la lámpara de escritorio proyectaba sombras largas sobre los papeles dispersos. El eco de su respiración llenaba el aire. La información que había acumulado en los últimos días la tenía al borde de la desesperación. La familia De Santis, los Romano, su propio padre, y ahora la aparición de Matteo como un jugador clave en este juego mortal... todo parecía un nudo imposible de deshacer.

Massimo se encontraba en la habitación contigua, mirando fijamente el teléfono móvil, los dedos tensos sobre la pantalla, mientras la luz de su rostro parpadeaba con cada notificación. Pero ni él ni Bianca podían descansar. Sabían que estaban demasiado cerca del abismo como para parar ahora.

Bianca se levantó de su escritorio y caminó hacia la ventana. La ciudad iluminada parecía distante y ajena a la tormenta que se desataba en sus vidas. Massimo había sido claro: necesitaban unir fuerzas, pero ¿podrían realmente confiar el uno en el otro?

Una parte de ella, la parte que aún temía la lealtad rota, le decía que no. ¿Cómo podía confiar en un hombre cuyo apellido estaba tan vinculado a los enemigos de su familia? Sin embargo, su corazón, traicionado por tantos años de mentiras, latía de manera diferente cuando él estaba cerca. Había algo en Massimo que la desarmaba, una intensidad, una conexión... lo que sentían no era solo un juego.

Massimo apareció en la puerta, sin previo aviso, con la mirada fija en ella. El silencio entre ellos era denso, pero cargado de una tensión eléctrica, palpable. Sus ojos se encontraron, y Bianca pudo ver en los suyos el mismo dilema que la atormentaba: un deseo prohibido que amenazaba con consumirlos.

—Bianca —dijo su nombre de una manera que hizo que su corazón se acelerara—, tenemos que hacer esto, y tenemos que hacerlo juntos.

Bianca se giró lentamente, encontrando la seguridad en su tono. Sabía que él tenía razón, que no quedaba otro camino. La traición estaba demasiado cerca para permitirse la desconfianza. No podían dividirse, no ahora. Pero lo que no podía ignorar era la atracción visceral que sentía hacia él, una que la arrastraba hacia él como una corriente peligrosa.

—Lo sé —respondió Bianca con un susurro, y a pesar de la firmeza en sus palabras, en sus ojos brillaba una vulnerabilidad que no podía ocultar. Massimo dio un paso hacia ella, su presencia envolviéndola.

—No es solo por nuestra familia, Bianca —susurró él, su aliento tibio sobre su rostro, la proximidad creando una tensión difícil de ignorar—. Es por nosotros. Necesito que lo entiendas.

Ella cerró los ojos un momento, sintiendo el calor de su cuerpo a unos centímetros del suyo. Sabía que él estaba buscando una respuesta, pero también sabía que no podría decirle que no. Era un dilema en su alma: la razón luchaba contra el deseo. El odio que compartían por las circunstancias de sus familias no podía negar lo que surgía entre ellos. La atracción era innegable.

Massimo, con una mano en su mejilla, la obligó a mirarlo directamente. Sus ojos, oscuros y

lentos de algo mucho más profundo que simple deseo, le atravesaron.

—Esto no es solo una alianza de guerra, Bianca. Es una guerra interna. Y te necesito a mi lado. Si caemos, caemos juntos.

El silencio entre ellos se volvió insoportable. No necesitaban palabras para entenderse. No necesitaban más promesas vacías. Solo sabían que, si iban a salir de esto, tendrían que hacerlo como un equipo, sin reservas.

Antes de que pudiera responder, el sonido del teléfono móvil de Massimo los interrumpió, como si el destino estuviera decidido a mantenerlos en vilo. Massimo apartó la mirada, pero Bianca vio cómo su rostro se endurecía al leer el mensaje que había llegado.

—¿Qué sucede? —preguntó Bianca, notando la preocupación en su tono.

Massimo le mostró el teléfono, y sus ojos recorrieron las palabras escritas con frialdad. El mensaje no dejaba lugar a dudas.

Stefano Romano ha desaparecido. Fuentes cercanas a la familia De Santis lo vinculan con actividades ilegales. La prensa informa sobre un posible enfrentamiento con los De Santis. La situación es crítica.

Bianca sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Stefano, su padre, había desaparecido. Y lo peor de todo: la prensa lo estaba vinculando con los De Santis, justo en el momento en que más necesitaba protegerse de ellos. ¿Era esto lo que su padre había preparado? ¿O alguien más estaba jugando sus cartas con la intención de destruirlo todo?

Massimo, al ver la confusión y el miedo en sus ojos, dio un paso atrás. La urgencia se reflejaba en su expresión, pero también había una dureza que nunca antes había mostrado.

—Esto cambia todo, Bianca. No solo estamos luchando contra tu familia. Ahora estamos en medio de una guerra mediática que va a afectar a todos los involucrados.

Bianca asintió, su mente luchando por procesar lo que significaba la desaparición de su padre. ¿Qué estaba pasando en realidad? ¿Cómo podía estar tan involucrado con los De Santis sin que ella lo supiera? Y lo más importante, ¿en qué punto exacto su vida había dejado de ser un simple juego de poder y se había convertido en una lucha por la supervivencia?

Antes de que pudiera formular una respuesta, el sonido de su teléfono la sacó de sus pensamientos. Un mensaje anónimo había llegado a su dispositivo, el texto corto pero cargado de amenaza:

"La guerra apenas comienza. El destino de los Romano está sellado. Y tú, Bianca, serás la última pieza."

El miedo recorrió su columna vertebral. Los De Santis ya no eran solo una amenaza; ahora estaban jugando con su vida de manera que jamás había imaginado.

Massimo apretó su mandíbula, su mirada fija en el mensaje.

—Esto está lejos de acabar —dijo con voz grave. Luego, girándose hacia Bianca, añadió—: Estamos juntos en esto, Bianca. No hay marcha atrás.

Bianca asintió lentamente, comprendiendo que la única forma de sobrevivir era avanzar, sin

importar lo que viniera. Pero una parte de ella sabía que las piezas de este rompecabezas se movían más rápido de lo que podían anticipar.

Mientras la oscuridad se cernía sobre ellos, Bianca y Massimo, a pesar de la tormenta que se desataba en sus corazones y en sus mentes, sabían que lo único que les quedaba era confiar el uno en el otro.

Cliffhanger: La desaparición de Stefano Romano y su vinculación con los De Santis cambian el curso de los acontecimientos. Los Romano ya no son solo un objetivo: son parte de una conspiración mayor. Y el mensaje anónimo deja claro que Bianca será clave en la guerra que se avecina. ¿Será capaz de sobrevivir a lo que está por venir, y más importante aún, podrá confiar en Massimo mientras los secretos familiares los arrastran a la oscuridad?